

Rubén Vega García

Héctor González Pérez

Anita Sirgo

INSTINTO DE CLASE



Fundación
JUAN MUÑOZ ZAPICO

CCOO

Comisiones Obreras de Asturias
Comisiones Obreras d'Asturies

TREA

Anita Sirgo

INSTINTO DE CLASE

Anita Sirgo

INSTINTO DE CLASE



Rubén Vega García

Héctor González Pérez

EDICIONES TREA
FUNDACIÓN JUAN MUÑIZ ZAPICO

Esta obra ha recibido una subvención de las destinadas a actividades relacionadas con la recuperación de la Memoria Democrática y las víctimas de la Guerra Civil y de la Dictadura, convocada por el Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática (2023).



Primera edición: diciembre de 2024

© Rubén Vega García y Héctor González Pérez, 2024

© de esta edición: Ediciones Trea, S. L. y Fundación Juan Muñiz Zapico

Ediciones Trea, S. L.

Polígono de Somonte / María González la Pondala, 98, nave D

33393 Somonte-Cenero. Gijón (Asturias)

Tel.: 985 303 801 / Fax: 985 303 712

trea@trea.es / www.trea.es

Dirección editorial: Álvaro Díaz Huici

Producción: Patricia Laxague Jordán

D. L.: AS 03297-2024

ISBN: 978-84-10263-82-6

Impreso en España. Printed in Spain

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito de Ediciones Trea, S. L.

La Editorial, a los efectos previstos en el artículo 32.1 párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas de esta obra o partes de ella sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Interpretar la historia de las mujeres como una historia de victimización no mitigada, como si todo lo anterior a 1970 fuera prehistoria femenina, puede ser útil para entablar buenas polémicas. Pero no puede decirse que sea elogioso para las mujeres. Esa idea me la quitaron de la cabeza en los comienzos de mi carrera de tutor de adultos, cuando estaba hablando con una clase de la Asociación Educativa Obrera en una ciudad con mercado del norte de Lincolnshire y con elocuencia condescendiente me puse a hablar de la opresión de las mujeres. Una lugareña de edad avanzada, autodidacta, de expresión penetrante y rostro curtido por la intemperie se puso tensa y finalmente me espetó: «Nosotras, las mujeres, conocíamos nuestros derechos, ¿sabe usted? Sabíamos lo que nos correspondía». Y, lleno de turbación, me di cuenta de que mi énfasis de inexperto en la mujer como víctima había sentado como un insulto a aquella señora y a otras que me estaban escuchando. Me hicieron saber que las mujeres trabajadoras habían creado sus propios espacios culturales, disponían de medios para hacer que se cumpliesen sus normas y se encargaban de que se les diera lo que «les correspondía». Puede que lo que les correspondía no fuesen los «derechos» de hoy, pero las mujeres no eran sujetos pasivos de la historia.

E. P. THOMPSON: *Costumbres en común. Estudios sobre la cultura popular*, Madrid: Capitán Swing, 2019, p. 596

Agradecimientos

Los autores quieren expresar su más sincero agradecimiento a todas las personas que han hecho posible que el presente libro vea la luz. A toda la familia de Anita por haberse prestado de tan buena gana a colaborar. A Carlos Gordon, Irene Díaz, Daniel Sierra y Luke Bowe, compañeros que no figuran como autores, pero que han contribuido a que pudiéramos llevar a término el proyecto. A Rosa Calvo por arrojar luz sobre algunos pasajes confusos de la infancia de Anita. A Daniel Hernández y Laura Llamas por facilitar las visitas a los archivos madrileños. A Erundina Gutiérrez, Asunción Naves, Pedro Alberto Marcos, Alberto Vázquez, Alex Zapico, Eduardo Blanco y Xose Ambás por sus fotografías. A Benigno Delmiro y Fernando Bello por sus aportaciones y pesquisas. A todas las personas que dedicaron su tiempo a compartir sus experiencias y recuerdos y se prestaron a ser entrevistadas. A Ediciones Trea, CC. OO. y la Fundación Juan Muñiz Zapico por aguantar estoicamente los sucesivos retrasos que ha sufrido esta biografía y cuya única responsabilidad recae en los autores de estas líneas.

Índice

Abreviaturas y siglas	13
1. El nombre es suficiente	15
2. La rapacina que era enlace	17
3. Nita y Fonso. Los perrucos	37
4. Torturadas y rapadas. De la calle Dorado a la resonancia internacional ...	53
5. De exilios y encierros. Volver por la familia, luchar por la democracia	79
6. Siempre echando una mano: «¡Luchay! que va a venir gorda»	111
7. Simplemente Anita: el referente para las nuevas generaciones	133
8. Tal como era	155
9. Epílogo: ¿Para qué sirve la historia?	167
10. Post scriptum	171
11. Anexos	173
12. Fuentes y bibliografía	213

Abreviaturas y siglas

AFA	Asociación Feminista de Asturias
AP	Alianza Popular
CC. OO.	Comisiones Obreras
CDS	Centro Democrático y Social
CNT	Confederación Nacional del Trabajo
JOC	Juventud Obrera Cristiana
FAMYR	Federación Asturiana de Memoria y República
FSA	Federación Socialista Asturiana
HOAC	Hermandad Obrera de Acción Católica
HUNOSA	Hulleras del Norte Sociedad Anónima
IU	Izquierda Unida
MDM	Movimiento Democrático de Mujeres
NMU	National Miners Union
ORT	Organización Revolucionaria de Trabajadores
PCA	Partido Comunista de Asturias
PCE	Partido Comunista de España
PCF	Partido Comunista de Francia
PP	Partido Popular
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
PTE	Partido del Trabajo de España
RDA	República Democrática de Alemania
SMRA	San Martín del Rey Aurelio
SOMA	Sindicato de los Obreros Mineros de Asturias
SUM	Sindicato Único Minero
TOP	Tribunal de Orden Público
UCD	Unión de Centro Democrático
UMWA	United Mine Workers of América
UGT	Unión General de Trabajadores
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
USO	Unión Sindical Obrera

El nombre es suficiente

El capitán de la Guardia Civil que le reventó el oído de una hostia nunca valoró que el tacón con el que Anita golpeaba las paredes de su celda y el maíz que tiraba a los pies de los ‘esquiroles’ pasarían a la eternidad con mayor dignidad que él.¹

Hasta hace muy poco, ser parte del proletariado era sinónimo universal de nacer, crecer, reproducirse, envejecer y fallecer en un territorio muy concreto y muy pequeño. No había leyes que lo sancionaran, pero la clase estaba ligada a la tierra. Uno siempre tenía la opción de emigrar y ver mundo, de «hacer las américas» o «las europas», pero el resultado era —y es— muy parecido: el final del viaje llevaba a un lugar en el que la vida, principalmente el trabajo, volvía a anclarte a un espacio geográfico más bien pequeño.

Si se formaba parte de una comunidad obrera firmemente constituida y cerrada, salir de ella se volvía todavía más difícil. Uno podía cambiar de barriada o de pueblo por trabajo o matrimonio, pero no se iba muy lejos. En el caso de las comunidades mineras valles, ríos, montañas y, por supuesto, carbón delimitaban perfectamente el espacio geográfico en el que iba a desarrollarse la vida. Un espacio concreto y exiguo porque tampoco hacía falta conocer toda la comarca, con moverse del trabajo a casa y de casa al trabajo era suficiente.

La vida era tan sencilla como dura. Se basaba en trabajar muchas horas al día, todos los días de la semana, sin apenas tiempo ni alternativas de ocio. Trabajar en la mina o en la metalurgia, ocuparse de la huerta y el ganado, ir a la hierba, construir o arreglar un hogar. Si además eras mujer, carecías de tiempo libre: cuidar hijos —y padres y suegros—, limpiar, cocinar, atender la huerta y el ganado, coser, bajar al mercado...

Lo normal era —aún hoy lo sigue siendo en grandes capas de la clase trabajadora— no moverse apenas del lugar de nacimiento hasta la defunción. Ir desde Mieres o Langreo a sitios tan cercanos como Gijón u Oviedo era un acontecimiento que no ocurría todas las décadas. Quizá en la luna de miel.

¹ Aitana Castaño, [@sairutsa]: «El capitán de la Guardia Civil que le reventó un oído de una hostia», 16/01/2024. Disponible en <<https://twitter.com/Sairutsa/status/1747236556253827470?t=dYDaolh5oOwc5tpYcdJcbw&s=08>> [consulta 6/10/2024].

Pero surgieron, aún cuando era harto improbable que sucediera, en una comunidad muy cerrada de una región periférica de un país pequeño, aislado y que importaba más bien poco, personas que conocieron mundo y que, a pesar de no estar precisamente «destinadas» a ello, adquirieron fama y reconocimiento internacional. No fueron las primeras ni serían las últimas de estos valles, pero sí las más peculiares. Obreras y, además, mujeres. Lo que nadie podía esperar. Ni siquiera ellas mismas.

Lo hicieron en contra de su voluntad —y de la del régimen franquista— y de manera muy diferente a como lo suelen reflejar el cine o la literatura. Su espíritu era indómito y sus ganas de actuar, de no resignarse y de cambiar las cosas, más que evidentes, pero su acción y su determinación no eran individualistas sino que arraigaban en proyectos colectivos de profundas raíces y larga trayectoria. Nunca fueron «yo», siempre fueron «nosotros». Y es que las películas y las novelas suelen presentarnos a personajes que se rebelan contra un destino impuesto, rompen sus cadenas y toman las riendas de su vida para realizarse individualmente, triunfar y descubrir, al final del trayecto, la felicidad y la prosperidad. Sin embargo, la vida real transcurre por otros derroteros. En realidad, quienes han adoptado este tipo de comportamientos, quienes han tenido vidas de película, han sido personas que pensaban en colectivo: hombres y mujeres de clase obrera que perseguían la utopía de un mundo mejor, sin explotadores y explotados, y que conforme a sus ideales y su militancia se veían envueltos en situaciones que les obligaban a adquirir una notoriedad y un reconocimiento que no buscaban como consecuencia de persecuciones y represión y, muchas veces, exilio.

La militancia, el compromiso y las ideas, aparte de inspirar acciones que transformaron la realidad, dotan de un significado diferente las biografías de quienes hacen de la lucha su forma de vida. Las elevan a otro nivel. Personas reconocidas como luchadoras, comprometidas, que hacen de su palabra ley. Personas íntegras en quien uno puede confiar porque no traicionarán su causa ni la de sus compañeros y siempre estarán dispuestas a ayudar en lo mucho y en lo poco. En los grandes ideales y las pequeñas acciones cotidianas.

Algunas llevaban el compromiso tan dentro que todo el mundo sabía que las podían apalear y vejar, que podían romperles el tímpano o raparles el pelo para humillarlas, que podrían obligarlas a exiliarse —y darles por tanto la oportunidad de conocer un mundo que nunca esperaron ver—, pero que ni aun así sobrevendría la flaqueza y jamás delatarían a un compañero, abandonarían una lucha o renunciarían a sus ideales. Llevaban el compromiso tan dentro que toda su comunidad podía referirse a ellas solo por sus nombres de pila, por muy comunes que estos fueran.

Hay personas que han tenido que llevar una vida tal que tan solo es necesario pronunciar su nombre para que se las reconozca. En la cuenca del Nalón hace ya muchas décadas que solo hace falta decir Anita para saber de quién y de qué se está hablando. No son precisas más señas. Y eso es mucho.

Anita Sirgo se hizo, junto a Constantina Pérez, mundialmente famosa en 1963, cuando su nombre circuló en un manifiesto de intelectuales que denunciaba las torturas perpetradas en el transcurso de la huelga minera de ese año. Aquel sería, no obstante, tan solo uno de los episodios, entre muchos, que jalonan su vida militante. Niña de la guerra evacuada a Cataluña en 1937 y acogida tras el final de la contienda por unos parientes, mientras su padre permanecía en el monte y su madre en un campo de concentración, la dura supervivencia la privó de escuela y la hizo desempeñar múltiples trabajos. Involucrada desde muy joven en el apoyo a los guerrilleros, comparte luego militancia comunista con su marido, Alfonso Braña.

Muy activa en el apoyo a huelgas, la recogida de solidaridad con represaliados y todo tipo de movilizaciones, durante la dictadura formó parte de piquetes de mujeres, recogió víveres y ayudas para presos políticos, deportados y despedidos, se entrevistó con autoridades civiles y eclesiásticas, recogió firmas por la amnistía, se encerró en la catedral de Oviedo y en el Palacio Arzobispal, repartió propaganda, acogió dirigentes clandestinos en su casa. Fue torturada y rapada durante la huelga de 1963. Sufrió prisión y pasó algún tiempo exiliada, siempre para reincorporarse de inmediato a la lucha. Hasta el final de su vida siguió militando en las mismas causas y también en el impulso de la memoria democrática.

Paralelamente, el paso del tiempo la ha erigido en un referente de compromiso, lucha y dignidad para las nuevas generaciones de militantes comunistas, pero también y en buena medida, del feminismo asturiano, que en los últimos años ha integrado la tradición obrera que representa Anita en su agenda reivindicativa.

